

Tomo I



Núm. 2

# DEMI-MONDE

10 CÉNTIMOS

SALE LOS VIERNES



*—Ven como están los hombres hoy día, no pasa un alma.*





El señor Ternero de regreso de la Santa Cruzada tomó á Barcino el primer tren exprés que encontró, para dirigirse á Mataró á reunirse con su esposa la cual hacía cuatro años abandonaba para ir á la guerra y... claro ahora sentía ciertas necesidades *apremiantes* de abrazarla y de tantas otras cosas que se trae aparejadas el matrimonio.

También sentía el esforzado varón muchos deseos de ver á su pequeño Ternero á quien dejó en pañales cuando su partida.

Como había tenido buen cuidado de telegrafiar su llegada, la dama de Ternero le aguardaba en la estación junto con tres robustas criaturas y así que le vió bajar del tren se echó rápida en sus brazos exclamando:

—Hijos míos, abrazad á vuestro padre que á Dios gracias ha llegado sano y salvo de la Cruzada.

Al mismo tiempo los tres robustos crios se agarraron como lapillas á las canijeras del caballero.

¡Qué! ¡como! bramó el señor Becerro, digo, Ternero.—¿Qué quereis decir señora con esto de *mis hijos*? Voto vá, señora que yo solo tenía uno cuando partí y a qui veo tres. ¿Qué quiere decir esta farsa ó este misterio? como querais.

Esto no es farsa ni es misterio señor Cruzado. Esto es un milagro y una bendición. Es el buen Dios que os ha enviado estos angelitos en recompensa de haber peleado y combatido á los infieles... Esto siempre ha sucedido y sucederá así, sobre todo cuando los viajes duran tanto tiempo.

Pero el señor Ternero, terne que terne no acababan de convencerle las razones de su mujer y mordiéndose la gorguera murmuraba entre dientes:

—¡Un milagro! ¡Una bendición! ¡Una bendición! ¡Un milagro! ¡húm! ¡hum! ¡hum!

Y no cesaba de acariciarse la frente.

De repente la señora de Ternero lanzó un grito:

¡Allí! ¡allí! ¡dueño y señor mío! ved allí la prueba del milagro sobre vuestro yelmo.

Y dándole su pequeño espejo de mano para que se mirara, el señor de Ternero se convenció, de que efectivamente encima de su yelmo habían nacido dos á manera de grandes cuernos del mas *expresivo* coral.

Entonces ya no dudó del milagro el señor de Ternero, pues ¿como habrían



podido brotar por si solos sobre el yelmo estos hermosísimos cuernos, si alguna cosa extraña, si algo algo sobre natural no se hubiese metido en el cuerpo de su mujer?

Así pues dió gracias al buen Dios y á su dama ordenándole que le diese de cenar un pedazo de cabrito y aquí paz y allá gloria.

JULIA ARDIENTE

## EN EL INTERIOR DE UNA DEMI-MONDAINE



*Ya puedes lamerte los labios, Lili porque al fin de lo  
que me trae Luis te llevas tú la nata y crema.*

Mas por interés que amor  
quería Juan á Marica,  
porque era mujer muy rica,  
y victima del candor  
adoraba en él la chica.

Aquella presunta esposa  
decía á su objeto amado:  
—Tu dinero es de contado;

pero yo soy poderosa  
con mis tierras y ganado,

Si consigo de mí tío  
la licencia de casar,  
dime, ¿que puede faltar?

—Que eso tuyo, con lo mío  
lo lleguemos á juntar.

L. DE AZCÁRATE



## CUADROS VIVOS

Afectos á suripantas,  
figurantas y coristas,  
que admirais con ánsias tantas  
piernas, talles y gargantas  
de las teatrales artistas.

Con ardientes incentivos,  
os ofrece nueva vía  
de los deleites activos  
• numerosa compañía  
de excitantes cuadros vivos.

Pollos, gallos, pavos, ojo:  
pintan calva la ocasión  
y cojerla exige arrojo;  
y si una os diera un sonrojo,  
otra os dá compensación.

Oue es lisonjero, y un día  
con emoción se recuerda,  
al lucir la compañía  
decirse á sí propio.—*Es mia  
esa ninfa de la izquierda.*

Y cuando el hombre declina,  
de tal pasado delante  
hacia el recuerdo se inclina  
de haber sido un tiempo amante  
de Vénus ó Proserpina.

Pero escarmentad en mí,  
que en brazos de una Sirena  
dinero y salud perdí.  
Ella hacía de Magdalena  
pero yo me arrepentí.

JOSÉ VELAZQUEZ



## EL ASCENSOR

Era uno que se llamaba Eusebio  
Ducordoís.

Tenía treinta y cinco años de  
edad.

Y habiéndose mirado una ma-  
ñana al espejo, se dijo,

—Eusebio, amigo mío, ya es  
tiempo de que comparezcas en  
compañía de una persona del  
otro sexo delante de cierto com-  
pañero adornado con una banda  
tricolor...

Y habiéndose dicho esto se  
hechó á buscar.

La sabiduría de las naciones  
asegura que el que busca, encuen-  
tra.

Y aquella vez tuvo razón.

Ensebio encontró.

Pero no fué sin trabajo, por-  
que para no ocultaros nada, Eu-  
sebio Ducordoís no tenía ningún  
rasgo del Apolo del Balvedere.

Mas facilmente se le encontra-  
ba cierto parecido con el célebre  
Juan Lanás.

Hay afinidades y vocaciones.

Ahora bien, en un feo día de



primavera hablando á la doble personalidad de un padre y de una madre, empleó este oficialísimo lenguaje:

—Señora y señor: tengo el honor de pedir á ustedes la mano de Virginia...

Y en otra noche, no menos fea, de primavera, se firmó el contrato en casa de los padres.

Por último, en otra mañana, mas fea todavía, de igual estación,

56



*¿Que será ello?*

Eusebio Ducordois se encaminó primero al registro civil, y luego á la iglesia, acompañado de todos los que en su familia ó sus amigos parecían interesarse en su dicha.

Cinco minutos después la justicia de los hombres quedaba satisfecha.

Estaba casado.

Tal vez, para conformarse á las reglas de una buena lógica novelista, que sería oportuna presentar á ustedes la futura, que ya es presente.

La señora Virginia Ducordois edad veintidos años, regular educación plebeya, con una cara llena de promesas... demasiadas promesas quizá... y sobre todo promesas bastante... generales.

Gracias á los enfemismos corrientes, esto se llama coquetería.

Dote regular...

Además Eusebio Ducordois no había atendido demasiado á este artículo, pues él era rico por su parte.

Tenía, pues en aquél día la cara de un hombre feliz, cuando en compañía de su mujer se encaminó desde la salida de la iglesia á la estación del ferrocarril de París, Lyon y Mediterráneo.

Es la moda.

Las modas no se discuten, pero ni aun con talento se consigue hacerlas caer de pronto.

El *Pequeño viaje*, de Labiche, ha puesto en la escena con la gracia y la verdad de una fotografía, las tribulaciones é incomodidades á que están expuestos los esposos que al salir del *conjugio vos*, se van á correr mundo para seguir la costumbre indicada.

Pero la costumbre está admi-



tida, es más poderosa que todas las ironías, y continúa teniendo prosilitos de Panurgo.

He aquí porque Eusebio Ducordois había dicho á Virginia.

—Partiremos enseguida para Italia

—Bueno; respondió ella.

Corría el tren con su gigantesco tictac.

Nuestros viajeros iban en un comportamiento casi lleno.

Era imposible entregarse á pantomimas demasiado expresivas. Sin embargo Eusebio Ducordois tenía una manera de mirar á Virginia...

Ella también miraba.

Pero quizá con más frecuencia á un morenito sentado enfrente de ella, que á su marido colocado á su derecha.

Era guapo mozo el morenito, á fe mía.

En las estaciones de comida, (diez, quince, veinte minutos de parada) cuando todos habían bajado, se aprovechaba Eusebio para dar un beso á su mujer.

Virginia respondía á aquel beso furtivo diciendo:

—Vamos... que me descompones el peinado...

El solía añadir algunas palabras al oído acompañadas de un...

—Dentro de tantas horas...

Virginia se ruborizaba. Los compañeros de viaje subían al coche y se acabó.

—¡Lyon!... ¡Lyon!... ¡Lyon Perrache!...

—Habían llegado.

Al grito de los conductores, Eusebio Ducordois y su joven esposa bajaron entre una porción de cajas y maletas.

Todo un carruaje.

—¡Cochero! Al hotel de...

Un hotel nuevo... ¡y de la *high-life*!

Es claro, en ocasiones como esta no se anda con matines.

Pocos momentos después entraba al carruaje en el patio del hotel.

Los criados acudieron corriendo.

—Una habitación...

—El número 39...

—¿En que piso?...

—En el tercero...

—Es muy alto...

—No tenemos otro... pero hay ascensor...

—¡Ay!... ¿hay ascensor?...

Virginia, toma el ascensor, mientras yo cuido aquí del equipaje, porque un cofre se pierde con facilidad... dentro de dos minutos estoy á tu lado... Indique usted á la señora...

—Si, señor...

Dos minutos después, según lo había anunciado, Eusebio Ducordois había llegado al número 39.

Había subido de cuatro en cuatro para acercarse mas pronto á su querida Virginia ¡después de una demora tan prolongada!

Muy sofocada pregunta á la camarera.



CUESTION PALPITANTE

—¿Es este el número 39?

—Sí, señor...

—¿Y la señora?

—¿Como dice usted?...

—Que donde está la señora...

—No he visto a nadie...

—¡Como!... es imposible... Mi mujer... Si debe haber llegado hace ya... ha subido en el ascensor...

—Voy á preguntar...

—Ande usted pronto... ¿se habrá equivocado de piso?... No debí separarme de he-  
all... pero una maleta ó un baul se pierde tan fácilmente... Vamos, ¿que hay?...

La camarera v olví sofocada.

—¿Que hay? repite Eusebio.

—Señor...

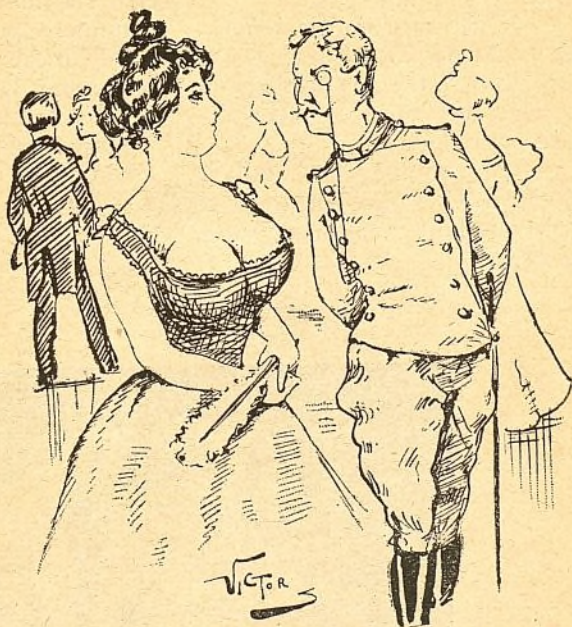
—Acabe usted...

—Es que... señor... ¡que aventura!... Jamás había sucedido otra igual...

—¡Que suplicio!...

—Es que se ha roto el ascensor...

—¡Cielos!... ¿Se ha matado Virginia?...



—Le aseguro á V marquesa que como militar que me conozco, que tiene V. muy buenas avanzadas!

—¡Verdad!... son para tantear al enemigo...

—Si... pues tanteame V. á mí

—No, señor... nada de eso... es que se ha descompuesto el mecanismo, de suerte que no puede subir ni bajar...

—¡Como!...

—Y no vendrán á componerle hasta mañana por la mañana, porque de noche no quieren venir...

—Pero entonces...

—La señora está suspendida entre el segundo y el tercer piso...



—Virginia... mi querida Virginia...

—No tema usted nada, señor... el vagón de las señoras es tan espacioso como una habitación, y tiene dos banquetas con los asientos rellenos...

—¿Pero como?... ¡sola toda la noche!... Una niña que acaba de separarse de su madre por primera vez.

—¡Oh!... no está sola... Con ella está un caballero que subía al número 47...

—¡Un caballero!...

Eusebio Ducordois se queda como aturdido.

Empieza á murmurar frases incoherentes.

—Virginia... Un caballero... toda la noche... noche de boda... no... yo no quiero... esto es

RUBENS



Las tres gracias

(Museo del Louvre)



(PESARES)



—¡Ay! Cuando doy en pensar  
que tengo que descargar  
la conciencia, siento frío!  
¡Quien se atreve á confesar  
después de aquello, Dios mío!!



terrible... y ridículo...

De pronto se precipita hacia el jaulon del ascensor, y grita con toda su fuerza:

—¡Virginia!... ¡Virginia!...

Un ruido lejano y *plañidero* le contesta.

Era su voz.

¡Oh... Tántalo! que nos vengan todavía á hablar de su suplicio.

—¡Virginia... Virginia mía!... ¿como estás?...

—No estoy mal dice *suavemente* el eco.

—¿No tienes miedo?...

—No, amigo mío...

—¿Como está esta pieza?... ¿Es cómoda?

—Si amigo mío, es muy larga, á mí me gusta.

—Virginia, ya sabes que te amo...

Esta vez no respondió el eco.

—¿Y el señor que...? volvió á decir Eusebio sobreexcitado.

Pero se interrumpió conociendo que iba á decir disparates, y á abrir á su mujer horizontales que valía más dejar cerrados.

—¡Virginia! preguntó ¿Tienes hambre?

—La señora Virginia tiene una manzana y yo tengo salsichón, respondió una voz masculina.

Así pasó toda la noche.

Cada media hora iba Eusebio á desahogar su corazón en la jaula del ascensor.

Pero su Virginia sin duda se había dormido.

No le respondía, y algunas veces lo hacía con palabras cortadas.

Por fin, á las diez de la mañana, y después de un trabajo impropio, rechinó el ascensor y empezó á subir.

Eusebio estaba allí esperando, impaciente, jadeante.

—¡Oh Tántalo!... dispensadme... ya lo he dicho...

Virginia salió pálida, pero hechicera...

—¡Angel mío!... me parece un sueño... por fin, te...

—Da gracias primero, amigo mío, á este caballero que la casualidad me ha dado por compañero cautividad. No se puede ver nadie más respetuoso, más solícito, mas galante...

¡Oh casualidad! Era el morenito del wagón.

Pero Eusebio, sin reparar siquiera en ello dijo:

—Crea usted, caballero, que... Las palabras me faltan para... pero dignase usted honrarnos acompañándonos á comer...

—Este caballero vá justamente á Italia como nosotros, dice Virginia.

—Entonces mejor que mejor...

¡Cuando yo decía que Eusebio tenía afinidades con Juan Lanás!

PEDRO VÉRON

—Militar, almuerza usted aquí,

—Patrona, si usted se empeña...

—¿Como le hago á usted el hue-  
[vo?

—Con otro, y como usted quiera.



## BOMBO



*La primera tiple Sta. N. se dispone á salir en escena por primera vez, precidida por el bombo que le ha hecho el periodista H.*

## POR ATREVIDO

¿Tendré mala suerte? ¿Puede!  
y es claro que será así,  
cuando me sucede á mí  
lo que á nadie le sucede.

—  
Pues es el caso que ayer,  
por desgracia, ó por fortuna,  
me encontré en la calle á una  
hermosísima mujer,  
cuya gracia y la expresión  
de sus ojos seductores  
son, sin duda, superiores

á toda ponderación.

Cuando pasó por mi lado  
la miré con insolencia  
y ella amí con la insistencia  
de un interés muy marcado.  
¡No hay duda! ¡Ha sentido amor!  
¡la he gustado!—me decía;—  
¿lo ve usted? ¡que picardía!  
¡Si soy lo mas seductor!...

Siguió andando la mujer  
mirándome más y más,  
y yo la seguí detrás.  
como es facil suponer.

De pronto llegó á un portal;  
se metió en él, me metí,  
y, siempre detrás, subí  
hasta el cuarto principal.

Me dirigió una mirada  
y una sonrisa sencilla...  
tiró de la campanilla,  
y al asomar la criada  
le dijo—¡nunca lo hiciera!—  
con ademán decidido:  
—¡Avisé usté á mi marido  
que un caballero le espera!—

Lo que yo entonces senti  
no se puede comprender;  
lo cierto es que, sin saber  
lo que hacía, me metí

En aquella habitación  
y fui siguiendo indeciso  
hasta hallarme de improviso  
en un santuoso salón.

Apenas tendí la vista,  
ví que en aquel gabinete  
iba á servir de juguete  
á las iras de un dentista,

Y no bien hubo esperado,  
se me presentó el marido  
lujosamente batido  
en un batín encarnado.

—¿Es muy grande... ese dolor?  
—me dijo—y yo que sabia  
que el fingir me convenía  
le contesté—¡Si señor!

¡Sufrir tal dolor no puedo!  
(y al decirle señalaba  
la primera muela que estaba  
al alcance de mí dedo.)

—Esta muela... está dañada;



con que así fuera pretexto.—  
(á todo esto, por supuesto  
yo no le decía nada.—

—Hasta... el hueso le interesa  
y es fuerza que el mal acabe:  
(dijo sacando una *llave*  
que yo no se si era *inglesa*)

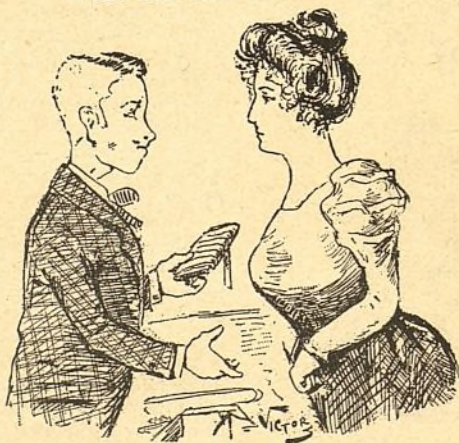
Y mirándome de un modo  
que indicaba sus razones,

la agarró, y de dos tirones  
la sacó con carne y todo.

Salió sangre y escupi;  
me dió un agua y me enjuagué;  
se acabó, me levanté  
di dos duros, y salí.

FIACRO YRAIZOZ

## VENTA AL DETALL



—¿Tiene *V.* bastante?

—¡No, *metame V. diez centímetros más.*

## UNA DISCULPA

Juan que es un pobre Juan La-  
un melón, un pobrecito [nas,  
á quien su mujer domina  
y le pega si es preciso,  
y es más que marido, siervo  
de aquél fiero basileco,  
sufre humilde y resignado  
y se amolda á sus caprichos.  
Ella le culpa de todo;  
y si se quema el cocido,  
ó se rompe una butaca,  
ó tarda en venir el primo,  
la culpa es de Juan; y Juan,

que acostumbrado á sufrirlo  
la tiene un miedo espantoso,  
le dijo áyer á un amigo:

—Chico, estoy desesperado.  
Yo voy á pegarme un tiro.

—¡Caracoles! ¿Qué te ocurre?

—Que esta mañana he sabido  
que está mi mujer en cinta,  
y ya sabes su estribillo.

¡También me echará la culpa!  
¿Qué hago yo?...

—¡Dile que es mío!  
P.



EPÍGRAMAS ESCOGIDAS

Mi vecino D. Ventura  
un sombrero fué á comprar  
y dijo su esposa Pura:  
—Que tenga bastante altura  
por lo que pueda tronar.

CHISMITO

Montar quiso á la española  
mis Ladi, nobre escosesa;  
Enrique Urquiola enseñóla,  
y ahora resulta que Urquiola  
quiere montar á la inglesa.

JULIO DE LAS CUEVAS

Las hijas de don Melchor  
encuentran á un primo hermano,  
pianista que toca el piano  
como Zabala ó mejor.

Y la familia le acosa  
diciéndole Nicolasa:  
—Ven esta noche y en casa  
nos tocas alguna cosa.

J. ADÁN BERNED

Al indicar en tu casa,  
que iba contigo á casarme.  
tu madre ha dicho... que nones,  
y yo la he dicho... que pares.

A. RAMIRO

—A tu hermana sin sentido,  
víctima de un arrechucho  
hace poco he sorprendido.  
—Si. La ha disgustado mucho  
un chisme que le han metido.

CHISMITO

Al mes de muerto Miguel  
dijo su esposa Pilar:

—No hay un hombre como aquél;  
ninguno podrá llenar  
el hueco que deja él.

JOSÉ RODAO

—¿Ay mas culpas?—Que si  
[creo.

—Digalas, pues, sin rebozo.

—Pues... yo... mí novio... el de-  
es el caso...—Si muy feo. [seo...

—No señor, es muy buen mozo.

P. PITILL A.

Del «Tenorio» hablando Ollé  
que izo un invierno en Manresa,  
dijo:—En el rapto sudé  
pero á pesar de ser gruesa  
la dama, me la cargué.

ENRIQUE FRANCO

Por no sé que callejuela  
cierta embarazada entró.

—¡Atrás! gritó un centinela.

—¿Por qué?—¡Atrás! le replicó.

Yo esos misterios ocultos  
también ignoro y lo siento  
pero me ha dicho el sargento  
que nadie pase con bultos.

SALSA DE ANICETA

Juana y Juan se perdieron  
en lo espeso de un pinar  
y Juan le gritaba á Juana  
y Juana gritaba á Juan  
Se dice que se encontraron  
á la postre, aun que un zagal  
juraba que, entre las matas,  
solo había visto á Juan.

L. A. P. Los



# CHISMES Y CUENTOS



El marido sorprendió á su señora sentada sobre las rodillas de su primo.

—¡Oh!—exclamó con estupefacción.

—Nada; contestó ella—que quiere acostumbrarte á que no tengas celos por cualquier tontería.

..

Criticaban á una señora por tener un amante excesivamente feo, al llegar la crítica á su noticia, exclamó candorosamente:

—No se que tienen que decir, cuando precisamente lo hago para acostumbrarme á mí marido.

..

—Bien venido Don Eulalio.

—Llegó á buena hora, según veo.

—Si, á la de los postres.

—Es la mejor.

—Vaya; pruebe usted aquellos albérchigos.

—Muchas gracias, señora.

—Ese melón es riquísimo.

—Tiene muy buena pinta, en efecto.

—Al menos, esta pera...

—Tocaba por usted ¿quien resiste?

..

—¡Viva el rumbo, salero!

—¡Arrogante hembra, amiga!

—Y yo la conozco.

—Y yo también.

—En la calle del Carmen vivía encima de mí.

—Y en la de San Pablo la he tenido yo debajo.



Saliendo de un baile.

Primera *señorita*.—¡Ay, hija! como nos hemos divertido!

Segunda *señorita*.—Sí, con tal que luego no tengamos *consecuencias*...

### CORTEDAD DE GENIO

Con semblante picaresco  
y risa provocativa

dijo Lola á un zapatero:

—Hágame usted unas botinas.

Cortó el hombre un papelito,  
puso en tierra una rodilla,  
y alzando Lola el vestido

hasta el nivel de la liga,  
en vez de medir el pié  
midió el hombre... más arriba.

Y ella, con gran desparpajo,  
le dijo con cierta risa:

—«Baje usted, que para tanto  
no le alcanza á usted la cinta.»

# CHISMES

## RECOMENDADOS



DEPENDIENTA con buenas referencias se ofrece. Sabe lo que cuesta de ganar un duro.

INOCENCIA.—Tengo un dolor de muelas horroroso, es necesario que te pongas en camino y no te olvides de traer aquel bálsamo que lo apaga enseguida. Tuyo Cornelio.

ENRIQUETA Malapulga adivinadora del pensamiento. Visita para hombres de 10 á 12 de la noche 5 pesetas. Reserva absoluta. Mediodía 69, piso, primero.

CONSUELO Mochuelo (a) *la Juana*, costurera en fino, que sabe bailar por lo fino y muy fina ella, está cansada de andar por esas calles con todo bicho viviente, y convencida que hoydía los mancebos no sirven para maldita la cosa. Desea encontrar un caballero estable; cose y plancha divinamente, tiene un ceceo andaluz que vuelve locos á los hombres y además es una especialidad haciendo la limpieza.



# CREMA BRILLANTE

## Miel Blanca

Ha llegado de París la *Crema Brillante* única y verdadera restauración del cutis sin ningún peligro; devuelve su primitivo color y hermosura de juventud, recomendada por distinguidas notabilidades de París, reuniendo todas las principales condiciones para favorecer el bello sexo, siendo la *Crema Brillante* la más importante y económica, de cuantas se han conocido hasta hoy por su solidez en el cutis, conservándose en el mismo estado por el término de 24 horas. El que use la *Crema Brillante* á los 15 días queda emblanquecido completamente el cutis, saliendo el color sonrosado natural. La *Crema Brillante* suaviza instantáneamente no conteniendo ninguna sustancia nociva á la salud; pudiendo también utilizarse para lavarse.

Probadlo y os convenceréis de sus hermosas cualidades.

Representación en España: San Pablo 14, 1.º—BARCELONA.  
De venta en las principales perfumerías de España.

Frasco de 1'50, ptas. de 3, y de 6 ptas.

# DEMI-MONDE

## ÓRGANO DEL BELLO SEXO

Periódico semanal, festivo é ilustrado

Se publica los viernes y colaboran en él los mejores escritores y los más renombrados dibujantes.

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona Trimestre. . .	1'25 pesetas	Extranjero y Ultramar. Semtre. 5	pts.
Provincias » . . .	1'50 »	» »	año. . 9'50 »
» año . . .	5'50 »		

## NÚMERO SUELTO 10 CÉNTIMOS

Los señores suscriptores recibirán todos los números extraordinarios que se publiquen. Las suscripciones se sirven en sobre cerrado.

Toda la correspondencia tiene que dirigirse á la Administración San Pablo 14, 1.º.

«Imprenta del DEMI-MONDE»